

Alfonso Alcalde

*variaciones
sobre el
tema del amor
y de la
muerte*

Sociedad de Escritores de Chile



Alfonso Alcalde

variaciones
sobre el
tema del amor
y de la
muerte

Sociedad de Escritores de Chile

IMPRESA Y DISEÑO
1970

EDICIONES ALERCE

publicadas con el patrocinio de la Universidad de Chile

Editorial Universitaria, S. A.

Alfonso Alcalde

variaciones
sobre el
tema del amor
y de la
muerte

Sociedad de Escritores de Chile

© Alfonso Alcalde, 1963
Inscripción Nº 26.525

Impreso en los
Talleres de
EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A.
San Francisco 454
el 8 de abril de 1963
Santiago, Chile

Proyectó la edición
MAURICIO AMSTER

AQUELLOS
que en los cuartos
circulares se encerraron
y gimieron hasta
silenciar sus ruidos
y luego partieron
y nunca más
volvieron a verse

EL AMOR LOS REDIMA

AQUELLOS
que copularon
hasta exterminarse
rodeados de humo
una botella vacía, hastío
y melancolía

EL AMOR LOS RESUCITE

AQUELLOS

que ensalzaron
sus odios, la coquetería
y hasta la breve total
ilusión del momento,
y se desnudaron
y enemigos atroces
mordieronse estrangulados
cantando
y volvieron una y otra vez
sobre sus cuerpos
y jamás los encontraron

EL AMOR LOS PROTEJA

AQUELLOS

suicidas

decapitados a borbotones

aún anclados dentro de la muerte,

aquellos que se devoraron

frotándose como piedras

para iniciar el primer fuego

EL AMOR LOS BENDIGA

AQUELLOS

que abandonaron sus ropas,
las inexplicables llaves de los hogares
y borraron toda huella de vida
ultimándose uno al otro
acusándose de mutua fidelidad
y blasfemaron sobre el único
cadáver del amor

SEAN ENSALZADOS

AQUELLOS

que abrieron sus entrañas

y luego velaron

sus enemigas bocas

profundas

LOADOS SEAN

AQUELLOS

náufragos

que de rodillas

pidieron clemencia

y jadeantes aún

invadidos de tormenta

traicionaron su madero salvador

y lo quemaron, aventándolo

y sobre el fuego ardieron

frente al viento

desnudos y cenicientos

EL AMOR LOS PROTEJA

AQUELLOS

honestos guerreros que de pie
batallaron y de pie
esperaron su sitio
en la hundida cama próxima.
Todos aquellos que perdieron
la fe, la dirección,
el honor a domicilio, el dominio
sobre sus cuerpos
y por último se sentaron
en la misma gastada
mesa del amor

SEAN BENDECIDOS

AQUELLOS

que fueron

los primeros y los últimos

y no los intermediarios

los consumidores

y consumados

**RECIBAN TAMBIEN
NUESTRA BENDICION**

AQUELLOS

que hablaron el mismo lenguaje
y nunca se entendieron.

Los confusos, los nobles
enamorados entorpecidos
por el amor, los que juraron
fidelidad y cayeron
en la sarcástica trampa
de procrear sin cesar
cada invierno

SEAN PERDONADOS

AQUELLOS

desgarrados en la despedida
los que murieron
al quedar aislados
y después regresaron como

bólidos

chorreando comprensión
justicia, perdón, ecuanimidad
y adulterio de rodillas

DEBEN SER ADMIRADOS

AQUELLOS

soberbios
que rociaron
sus cuerpos con espanto
sepultándose vivos;
los empalagados por la rápida
efímera dicha
nocturna, los frustrados
en el hábito de olvidar
los que no olvidaron y sollozan
alrededor de los retardados estímulos.

AQUELLOS

que oraron al borde de los catres
junto a las rejas que parecían ataúdes
que son ataúdes y en general todos
aquellos que practicaban la indivisibilidad
del ser, la gestación como maldición,
la fecundidad por descuido,
los que se multiplicaron
a la deriva de sus grandes derrotas
y huecos permanecieron y vacíos vivieron:
los que encadenaron, ataron, sumaron
compraron o vendieron a una sola mujer
crucificándola de espaldas todas las noches
solitarias.

AQUELLOS

que flaquearon junto a esos cuerpos
desperdigados al alba como tarros
de basura tintineante, basura volcada por una
jauría de perros hambrientos.

AQUELLOS

que hicieron un culto de la tentación
y tentados se odiaron y tentados también
se amaron hasta con desganado frenesí;
los que estuvieron dentro de sus cuerpos
sólo un momento, desalojándolos después
por todas sus heridas.

Los que los habitaron a medias, tímidos
blasfemos de una jornada, los que en una
noche recuperaron el amor de una vida,
los que en una vida como una gota sobre la piedra
perforaron el amor y lo horadaron sin importarles
el tiempo, imperturbables, eternos en su porfía
y luego la piedra, la mujer, se diluyó con la
primera luz del alba, de la muerte, del día.

AQUELLOS

que tuvieron casi como propia
una única mujer
y luego se les escurrió como agua
entre los dedos, como
brasa en la lengua.

AQUELLOS

viudos en repelida sociedad
negros testigos a quienes la muerte
les arrancó la piel, los recuerdos, el olvido
y los descuajó de ojos, mutilándolos
y los dejó bramando entre los muros
lanzándolos por la borda de la sublimidad
del éxtasis,
los que sacudieron la luna,
los que enfurecieron el mar con sus cuerpos
retumbantes, los que apagaron el sol con sus
mordiscos, los que mascaron las estrellas
con sus lenguas, los que acallaron la tormenta
con sus trenzados miembros,
los que soltaron el rayo
con sus estremecimientos,
los que mataron los cráteres, los que
anegaron los ríos con su pobre materia
de amor, los que doblaron el viento
con sus porfiados muslos, los que emparejaron
el aire, después, con sus escombros, los que
cayeron al vacío, entre los abismos, ya diáfanos,
ya puros, inmateriales, ocupando, de pronto
toda la tierra, dejándola al momento, sueltos
grumos del universo, roncos zumbidos entre
las hojas,
piel de las estrellas, esqueletos del
cielo.

Los que se utilizaron mutuamente
como puentes para huir
y desbarrancarse en el delirio
y luego se esparcieron entre ellos
como una pesada mancha de rígido aceite;
los que coleccionaron llanto a trasmano,
los que transportaron ese llanto
en trenes verdes abrumados
por la lluvia,
los que deliraron vestidos,
los que callaron, desnudos;
los que revisaron totalmente
el dudoso cadáver de su mujer;
y sólo a ella encontraron;
los que sembraron labios y colgaron piernas
y las fugitivas pirámides del ser inestable, los
que fueron nudos, golpes, los que interpretaron
los golpes y los que los sintieron;
los que fueron mar y cáñamo, utensilios
inolvidables en el juego: esas mezclas satánicas
como el éxtasis y la locura y el hambre
de los cuerpos insaciables, aunque insondables;
los que fueron trigo y garfio, anzuelos fueron:
zapatos, curtidos hitos, los que se trenzaron
y nunca más pudieron vestirse, piernas en los bosques:
afluentes del amor salidos de madre,
dispersos ojos, derretidos los muslos,
desbocados en su petrificación.

Los que sólo se amaron
por amarse, los repelidos posesos que odiaron
el desarme visceral, los que frente al altar
y aun a tiempo, asesinaron; los que hincaron
sus sólidos dientes como desgarradas
huellas en el vacío,
los que fueron violentamente expulsados en
la tarea de la posesión; los que de cuando
en cuando aman en un nicho impersonal de marmóreas
sábanas apenas entibiadas por la vida,
por un lóbrego quejido que siempre llega a destiempo;
los ciegos eternos y los ciegos parciales,
los que ven a medias o simplemente
no se ven, tocándose, inventándose como
pequeños dioses en las pocilgas de barro

TODOS DEBEN SER PERDONADOS

AQUELLOS

que invocaron
la alegría de vivir
la sagrada unidad familiar,
la armonía de la sociedad,
la esclavitud, la fatalidad,
la mansedumbre religiosa,
los que copularon a destajo
y sin cesar
cuatro días
con sus siete noches
en nombre de la fidelidad absoluta,
del cero total
triturados en el bosque de letras insobornables.

Y el arado de palo, el arado de cinco
dedos, el que redescubre los muertos, el que
deja al aire las osamentas, el sanguinario
cadáver de la noche: la cordura de la locura,
la desesperación como disciplina,
la muerte como artificio,
la vida como un coro de silencio
herméticamente callado.

Y hay que considerar también
a todos aquellos que abandonaron sus pantalones
angustiados de civilización,

los que despoblaron las selvas,
cabalgaron los mares
serenaron los árboles, computaron las heridas
frutales de la primavera, los que huyeron
de la mecanización: los únicos hechos
a mano, tajeados a pie, inscritos en el pasado
con turbio humo humano, los que renegaron
de la rueda, los que ahuyentaron el fuego,
los que sin fuego se quemaron, los que sin manos
reptaron, los que sin ojos naufragaron
los que sin dedos pulsaron el cielo,
hombres cuyo destino y designio
apenas crispó el rocío:
rocío que colmó los mares,
mares que tragarón los ríos,
ríos que estrangularon sus hijos,
hijos de la montaña, nieve salvaje
que con la piel viene navegando, la piel, la piel
del tiempo

la muerte

los días

las horas

el silencio.

Entonces

aquellos angustiados
de civilización
y mecanismo

que se industrializaron
con el fruto erecto
de sus desesperanzas

SEAN CONSIDERADOS EN EL REPARTO DEL AMOR

AQUELLOS

deslumbrados

frente a los altos

puntiagudos pezones:

efímeras señales

carnales

corporales durables

del tiempo,

los que las aplastaron

trituraron, succionándolas,

arrobados

apuntándolas

con leche materna

y quedaron exhaustos

semidormidos

comprometidos, huecos

infecundos

y crucificados en sus lechos

ajenos

EL AMOR TAMBIEN LOS BENDIGA

AQUELLOS

que disecaron sus solitarias
porciones de tristeza
a lágrima viva y luego ultrajaron
el llanto
en algunos profundos cuartos
azules borrosos amarillentos
de hoteles de tercera clase
siempre con un decapitado al final
trancando la única puerta de escape.

AQUELLOS

que exterminados de bruces
marchitos para siempre
hirvieron en su propio
cristalino y transpirado caldo glorioso

TODOS SEAN PERDONADOS

AQUELLOS

que inventaron
y patentaron la dicha
a tanto la hora, el
milímetro y el pedazo
de blando, desvaído
seno
ya irremediablemente
sin resorte
a tanto la barata imperdonable
presa,
la pierna suelta
en su estantería
liquidándose por vejez y fin de temporada
en nombre de la pureza total
y la plácida música
de los dientes apretados
de la mujer
cuando se aferra a ella misma
escapando de su cuerpo,
como si una tempestad
inexplicable y vengativa
les soplara los huesos y huyera
despeñándose entre los colchones
los acantilados y el mar

EL AMOR LOS REDIMA

AQUELLOS

con compromisos honorables
en las trastiendas del amor y sus
dependencias,
los absolutos dueños de las
llaves de la miseria,
las madres con sus brillantes pechos
chorreando la vía láctea
de la gran ciudad, esos presurosos
puntos de la noche, mendigos
del sol oscuro, el triste, fecundo
harapo del universo, agonizando
sin premura bajo el árbol original
de la luna,

Los que hicieron alarde de tristeza
y subieron los gastados peldaños
de la vida, chapoteando
en la sangre lujuriosa, arañando
las entrañas terrestres, palpando con fruición
el nuevo ser imposible que no se pega
en el útero, que no se engancha en el carro,
renegando de la vida y como una flecha
desparrama las vísceras, los calientes surcos
propicios
pero sin hacerse cómplice
de la continuidad de la doméstica
tentadora y agobiadora especie

EL AMOR LOS TENGA PRESENTE

AQUELLOS

tributarios de sus ruinosas
ruinas espectrales,
chirreantes oscuras luces
de un día sombrío
devorándose en los catres
de perillas doradas
donde el sol atisba su oro cariado
y la solidaria pareja irreconciliable se despeña
arrastrando los últimos bártulos del amor
flotando, difuntos, dando
manotones de ciego entresí.

AQUELLOS

que integraron los lisiados ejércitos
amordazados de boca, alma y tubería, los
parcos de lengua,
los débiles de dominio, los fuertes de
injusticia condenados a romperse los dientes
contra el rocío gimiendo entre las
temblorosas piernas del día y la noche
prendidos del tiempo, de los cuerpos, de los
abismos, de los huracanes,
de los siglos, de los hijos, de la muerte
de los días, y las noches pegadas en el cielo
el cielo pegado en los ojos, la noche
incrustada en la mirada, el sol en las pupilas
huecas de las manos llenas de amor vacío.

¡Oh ternura infinita de un solo fugaz relámpago,
apenas un siglo metido en su agujero,
un efímero eterno muerto saliendo de su
sepultura y ya anciano de sí mismo!

Amor, amor cómo temblamos
blasfemando cuando nos escuchamos
quedar huyendo, porque al destrozarnos
como un espantoso río de fuego
seguimos pasando entre dos columnas incesantes,
arrasando con el infierno, ensartando ángeles
demonios celestiales, evaporados dioses
periódicos, mientras da bote el payaso
cayéndose de sus infinitos
bolsillos sin fondo
y gime el ruidoso carcelero
con su manojo de inservibles llaves:
el hombre destripado
el hombre destripado caminando
de largo dentro de sí mismo,
él, más otro en atroz férrea compañía
con su inseparable y mojada
corta muerte fiel como un perro:
estrella escapando de su temible pedrerío:
el sanguinario vómito de un relámpago
el sinistro incendio de la especie
acoplada a la miseria desde el primer día.
y hasta en la última noche del juicio final
encontramos nuestra perdida semilla purpúrea

en la galopante cama de tres patas
y somos el pregonero
que tiene algo que componerle,
huesos para soldarle a la muerte,
pies para ponerle alas,
difuntos para ser embalados
con cáñamo, hule, alambre
y otros repuestos oportunos

QUE EL AMOR TAMBIEN SE APIADE DE ELLOS

En medio del escenario, Adán
selecciona aquellas costillas:
barro ardido aún humeante y dichoso
recién inaugurado. ¡Hueso al fin!,
olfateando este esqueleto
cuyo pecho en esplendor suena como un par
de recias huecas lunas calcáreas.

Adán, Adán no equivoques la huella:
el injerto fracasó y la sangre
no se acopla, no puede asociarse
ni los huesos reunirse ni combinarse.

Flujo y reflujo es la consigna
acercarse, arder y renacer
en otros huesos que posiblemente
llevan tu marca de fuego.

Adán, rompe el puente, termina
el primer acto. Eva devora su manzana
pues el hambre desvirtuó el sentido
de la procreación.

Tuvo hijos de dos, tres y hasta cuatro meses
ya cuando el amor fue delirante
y duró exactamente ese mismo tiempo,
derramando lágrimas chicas, ternuras como retazos,
alegrías totalmente incompletas
fragmentos de risas perforadas por la tristeza

que le rompieron los labios
cada 30 días
en esas noches rodeadas de cartones

ratones

ratones

filudos que hacían sonar el fru

fru

de los abandonados trajes de fiesta
de color rojo con lentejuelas viejas.

Adán, reclama tu número en la empresa.

El hueco, por ahora, en este instante
está vacío. Avanza con deseos
que pueden ser significativos.

Zambúllete iluso, adelante soldado
cuya espada estalla con brillos
frente al mar y el horizonte
de los días venideros.

Ella no te ama, mas podrá tolerarte, Adán
de segunda mano,
dependiente del mercado
de las pulgas. Se pegará de nuevo
a tu costilla: basta hacer un nudo
ciego y costilla con costilla
el mundo parece una mariposa
que a la luz de la sangre quémase, inflámase
en su propio sacrificio original.

Adán aprovecha los vientos benignos
cuerpo de tormenta, tormentosa flecha.

Eres tú, amor, divinidad
que no suelta su presa,
entre murmullos que se parecen al hervor
del primer barro: polvo somos, ceniza fuimos,
hoy fuego, mañana ceniza, pasado fuego
ceniza que reverdece en la cópula,
pasajero que pierde el tren
y se sienta en su única destripada maleta
entre los blandos rieles breves
y mira la hora y comprende, en el andén,
que en su confusión, partió llegando
salió despavorido, arribando
todo al revés:
con la piel para el otro lado,
con la muerte en cada mano
con la boca, Eva, que te besa.

AQUELLAS

que dejaron sus amantes
en la horca para pasar una breve temporada
en el infierno,
y los recogieron como una cosecha
irremediable
llorándoles breves domingos
llevándoles algunas flores de segunda mano
ya usadas en otros funerales
y cortejos aún más frescos
llegando a la fiesta
llenas de lutos rojos y coronas

SEAN PERPETUAMENTE PERDONADAS

AQUELLAS

que esperaron de pie
dar a luz un pedazo de algo,
de musgo, de mano o dedo útil,
de pared humana, de benéfico rocío
inspiradas en el frenético deseo
de proyectarse o eternizarse
en nombre del hastío
la pereza
y la esperanza

RECIBAN NUESTRA GRATITUD

AQUELLAS

desnudas

en paños menores y mayores

que allegaron sus agujeros

al mejor postor

y se sentaron a esperar, clausurando

todas las ventanas y quedaron

sin sonrisa, sin una puerta de escape

dormidas, azules, entumidas, tiritando, despiertas

SEAN PERPETUAMENTE

BENDECIDAS

AQUELLAS

que en su sexo como un cráter
escucharon zumbar la tierra
y los hirvientes huesos
del hombre
bajo la entraña terrestre
y abrieron las piernas
en nombre de la perpetuidad
de la especie, y por último
parieron a desgano hijo tras hijo
y fueron abrumadas con el peso del
universo que se licuó en el alma,
que les apuró los huesos, que se
los quebró, quemándolos hasta que
un fino hilo rabioso circuló por sus
rostros y giró y giró hasta envejecerlas
para siempre como espejo roto.

AQUELLAS

que agujerearon el sol
y lo recalentaron
en los braseros miserables
en las completas noches de invierno
y después vendieron gratis
la ilusa costra de su desvencijado
firmamento.

Y el marinero de tránsito
y la cocinera de tránsito

y el soldado de paso
y la urgente doméstica,
los marchitos banqueros
los derivados carteros,
los persuadidos industriales,
los flotantes hombres de negocios,
el oblicuo gerente, en resumen
la gigantesca ávida muchedumbre
todos cuantos dejaron de servir
y sirvieron de puente para algo.

Ahora duermen en paz
y miran extraviados
el alba: se visten
con un leve atraso
y cada uno partirá
para su lado.

LAS EDICIONES ALERCE fueron creadas por la Sociedad de Escritores, con el patrocinio de la Universidad de Chile, para estimular a las nuevas promociones literarias. Publica todos los años, desde 1958, libros seleccionados en certámenes públicos. Concebida originalmente como una colección de poesía y novela corta, se amplió en el año 1962 al cuento, el ensayo y el teatro.

El total de los títulos publicados hasta el presente es el siguiente:

P o e s í a :

ARTECHE, MIGUEL: *Quince Poemas.*

CANALES, RENATO: *Un árbol a la orilla del mundo.*

CARMONA, RAMÓN: *Signos de Chile.*

CRUCHAGA, ROSA: *Descendimiento.*

FERRARO, NICOLÁS: *Sed por dentro.*

FERRERO, MARIO: *Tatuaje marino.*

HAHN, OSCAR: *Esta rosa negra.*

MELLADO, RAÚL: *Tierra colorada.*

MOLTEDO, HENNIO: *Cuidadores.*

MONTES, HUGO: *Delgada lumbre.*

NARANJO, JORGE: *Los sueños de Nefertitis.*

O'KINGHTON, LEONEL: *En los ciruelos está el cielo.*

OVIEDO, EMILIO: *Habitante en el tiempo.*

PIZARRO, ANDRÉS: *Algunas cosas.*

REINOSO, VÍCTOR: *Elegía furiosa.*

RIVERA, RAÚL: *Variaciones domésticas.*

ROSAS, PALMIRA: *Región de encuentros.*

TEILLIER, JORGE: *El cielo cae con las hojas.*

TORRES, MARUJA: *Simplemente.*

CÁRDENAS, ROLANDO: *En el invierno de la provincia.*

ALCALDE, ALFONSO: *Variaciones sobre el tema del amor y de la muerte.*

Novela Corta:

- ALVARADO, EDESIO: *La captura.*
BLANCO, GUILLERMO: *Misa de Réquiem.*
CARREÑO, HÉCTOR: *Páramo.*
CORREA, HUGO: *Alguien mora en el viento.*
CRUZ, LUCIANO: *Los contrabandistas.*
FERRARO, NICOLÁS: *Terral.*
GUTIÉRREZ, ROBERTO: *Desertora.*
MORAND, CARLOS: *Una larga espera.*
PIZARRO, ANDRÉS: *Una historia vulgar.*
QUESNEY, VALERIO: *Como otro cáncer.*
REYES, ALFONSO: *Cuatro largos pasos.*
VULLIAMY, LUIS: *El mejor lugar del mundo.*

Cuento:

- DÉLANO, POLI: *Amaneció nublado.*
JARA, MARTA: *Surazo.*
CHAIGNEAU, RAIMUNDO: *El ángel torpe.*

Ensayo:

- SANHUEZA, GUILLERMO: *Pensamiento Pedagógico de Montaigne.*
VALDIVIESO, JAIME: *Un asalto a la tradición.*

Teatro:

- CHESTA, JOSÉ: *El Umbral.*
MOLLETO, ENRIQUE: *El sótano.*

Distribución exclusiva:

EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A.

ALFONSO ALCALDE nació en Punta Arenas en 1921.

En 1947 publicó *Balada para la Ciudad Muerta*, editado por Nascimento con prólogo de Pablo Neruda. Algunos días después de su aparición, el libro fue retirado de la circulación por su propio autor.

Ha desempeñado variados oficios en distintos países latinoamericanos, principalmente Argentina y Bolivia.

Desde hace algunos años trabaja en un extenso poema épico: *El Panorama Ante Nosotros*. El presente libro, premiado por la Sociedad de Escritores, corresponde a un fragmento del canto décimo del primer tomo.